

UNA SIMPLE ANÉCDOTA

Dacio es un canario amarillo timbrado, de canto fino y alegre que vive en el salón de mi casa. Canturrea todos los días con los primeros rayos de sol y la música de mi transistor; me acompaña cada vez que canto con mi guitarra al atardecer cuando vuelvo del trabajo. Pero cuando mejor lo hace es los domingos al sol del mediodía evocando que nos hemos merecido un gran descanso tras la intensa semana de trabajo.

Dacio apareció en mi vida a través de Juanito, un vecino que acudía habitualmente a la farmacia a recoger su tratamiento mensual. Poco a poco, mi fiel cliente y sus asuntos se fueron colando en mi trabajo diario; seguimiento farmacoterapéutico y asesoramiento social y familiar, eran ya lo habitual cada vez que se asomaba por la farmacia.

Juanito es parco en palabras; le cuesta expresar sus sentimientos pero siempre que entra en la farmacia, ahora con control de acceso por el Covid-19, sabemos que es él. Hola Paqui, Hola Ezequiel, Hola Carlos,... y así sucesivamente hasta que nos saluda a todos. Su complexión es fuerte; todavía conserva esa figura del deportista que fue en su juventud por la práctica de halterofilia y karate en un gimnasio del pueblo en donde, con la ayuda de un maestro japonés, consiguió el cinturón negro segundo Dan.

Una tarde entró a la farmacia muy agitado y se acercó a mi mostrador portando en la mano sus gafas con un cristal fracturado. Con tímida mirada, titubeando, me expresó que su pensión por invalidez era pequeña y que le faltaban 20 euros para arreglar las gafas. Saqué de mi bolsillo tal cantidad, se la entregué, me dio las gracias y se marchó algo más contento. Al acercarse la hora del cierre de la farmacia, Juanito volvió portando una jaula con un canario amarillo para saldar su deuda y agradecer mi ayuda.

Esa noche al llegar a casa, algo extraño sucedía. Lo inusual era la compañía de un nuevo inquilino al que tenía que acomodar. Dejé la jaula encima de la mesa del salón y me dirigí a mi dormitorio; seguidamente comencé a escuchar un canto desconocido e insistente. Regresé sigilosamente hacia el salón y continué escuchando detrás de la puerta su rica y variada melodía a un ritmo muy pausado. No tuve más remedio que entrar y aplaudir. Me senté frente a él y decidí llamarle Dacio en honor al gran tenor que revolucionó el folklore de las Islas Canarias.

Días más tarde, Juanito apareció con sus gafas nuevas amarillas que recordaban al hermoso plumaje de Dacio. De nuevo, saludó como siempre a toda la plantilla de la farmacia y lo que fue una simple anécdota se fue convirtiendo en un ejemplo de servicio y amistad.

Juanito me ofreció muchas las veces alguno de sus mejores canarios y durante el trato me fue contando la historia de su vida. A los cuatro años sufrió quemaduras en gran parte de su cuerpo al precipitarse en una hoguera que él mismo provocó para saltarla emulando a los indios de las películas del oeste americano. Aquel desgraciado salto fue el inicio de un largo recorrido por los Hospitales. La Arrixaca y el Hospital de quemados de Valencia, formaron parte de una larga historia de rehabilitación. Sin embargo, persistió en la lucha y consiguió entender que el deporte era la mejor ayuda para seguir adelante. Aunque aquel trauma le acompaña todavía, no es óbice para ser un paciente ejemplar y todos los días nos enseña a ponernos en su lugar.

Si esta anécdota la convirtiésemos en fábula, el acercamiento a nuestros pacientes nos ayudaría a entender que nuestro trabajo llega más allá de lo puramente sanitario. Juanito es el paradigma que confirma que nuestro servicio a los demás no es un sueño, que la vida es servir y que servir siempre nos produce regocijo. Su vida es más dura de lo que parece y ahora en mi salón, cuando escucho los trinos de Dacio, siento que hay un paralelismo de su existencia con la de Juanito: ambos pasan el día en su jaula emitiendo sus melodías y sobreviviendo.